

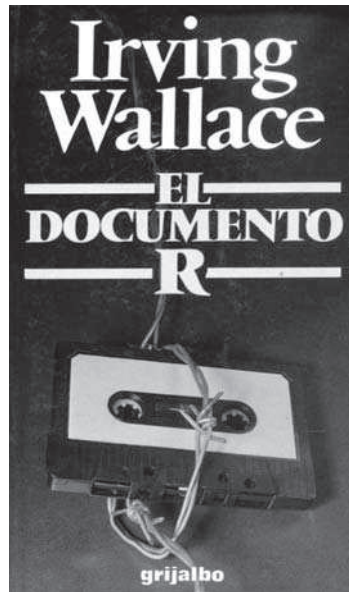
Mitologías de la conspiración

El documento R (Irving Wallace, 1976)

ANTONIO MARCOS

Curiosa época esta en la que a medida que crece el flujo de información aumenta también la mitología. Seguramente ya habrán escuchado hablar del poder acumulado por el famoso Club Bilderberg e incluso de la exopolítica y los Superiores Desconocidos. Básicamente todas estas teorías conspirativas se basan en la existencia de un diseño meticulosamente trazado por una élite, terrícola en el mejor de los casos, según el cual los ciudadanos solo alcanzaríamos la categoría de títeres sufridos manejados por decisiones que no alcanzamos a comprender. Ni los hilos vemos.

En un momento de confusión y de disolución de las estructuras clásicas de la modernidad política, con los Estados cediendo poder a esa figura ignominiosa y como de ogro de cuento llamada sin rubor “los mercados”, las narraciones sobre poderes en la sombra podrían parecer novedosas y como tales aparecen en las librerías. Pero fijándonos un poco más no se alejan en nada de esa mitología que alumbró la cultura occidental: un grupo de entes con poderes omnímodos que gobierna y manipula con naturalidad y hasta cierta fatiga los avatares humanos. Como Odiseo a merced de la ira de Zeus, el rencor de Poseidón y el amparo de Atenea, la de ojos de lechuza. Tanto le pusieron a prueba al astuto Ulises que tardó diez años en cubrir con sus velas una distancia (Troya-Ítaca) que en condiciones normales habría recorrido en menos de un mes.



El concepto detrás de las antiguas mitologías y de las modernas teorías de la conspiración bien puede ser el mismo: si no entendemos cómo funciona algo, inventemos una historia que lo explique. Los actuales mitos están escritos en el legítimo lenguaje de los medios de comunicación de masas y recientemente se abonan con el ruido de los retuiteos y los “me gusta” para forjar su leyenda, pero no hacen más que recrear los arquetipos sobre el comportamiento humano que fijó Homero hace casi treinta siglos. En este avatar, estos dioses han sustituido el monte Olimpo por limusinas de cristales tintados –véase *Cosmópolis*, la película de David Cronenberg basada en la novela de Don DeLillo– y también parecen estar poniendo a prueba nuestra capacidad de resistencia.

Cuando Irving Wallace (1916-1990) escribió *El documento R* en 1976 eran otros

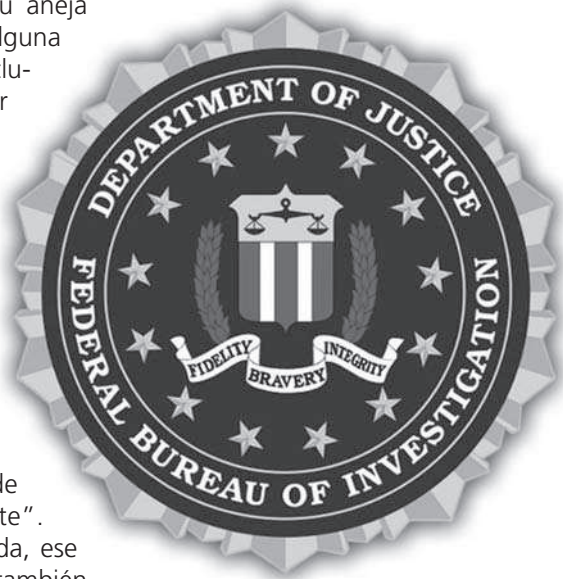
tiempos, los del periodismo de investigación, aquellos que habían acabado con la carrera presidencial de Richard Nixon por el escándalo Watergate (1972), un caso de corrupción y abuso de poder que pudo ser demostrado. Leída hoy, *El documento R* nos puede parecer hasta cierto punto una novela ingenua, pero nos revela la importancia del documento acusador, de la búsqueda entre archivos para conseguir la prueba que avale una acusación o eche abajo una conspiración.

La historia se desarrolla en los círculos de poder de la Casa Blanca. El país está sumido en una espiral de violencia social y el Presidente y el director del FBI, Vernon T. Tynan (un ambicioso patriota, admirador rendido de John Edgar Hoover), han promovido la enmienda XXXV a la Constitución. Según esta disposición, cuya votación por parte de los legisladores de los distintos estados está a punto de cerrarse, un Comité de Seguridad Nacional tomará el mando del país bajo la dirección del FBI en momentos de especial gravedad, aboliendo los derechos civiles para garantizar la seguridad. El recién nombrado Secretario de Justicia, Christopher Collins, se ve abocado a apoyar la ley, hasta que su enfermo antecesor en el cargo le hace acudir hasta su lecho de muerte para revelar una información de extrema importancia: la existencia del peligroso Documento R.

¿En qué archivo se encuentra ese documento? ¿Cuál es su contenido? ¿En qué afecta a

la supervivencia de la democracia en el país? En una labor detectivesca para la que no parece estar muy preparado, ¿logrará Chris Collins hacerse con el misterioso archivo y llegar a tiempo para evitar un desastre nacional de consecuencias irreversibles? ¡No se vayan todavía, aún hay más! La novela está construida con esa combinación de géneros muy propia de la literatura de consumo, un poco de drama familiar por aquí, persecuciones por allá, asesinatos a traición, malos pérfidos y buenos de gran corazón. Al libro se le notan los más de treinta años que han pasado desde que fue escrito: nos hemos familiarizado tanto con el chanchullo, la conspiración, la corrupción, los discursos que ocultan sus verdaderas razones y la negación de las evidencias que buena parte de la historia parece dirigida a alevines del misterio.

Prescindiendo de su añeja trama, el libro ofrece alguna lectura interesante, incluso visionaria. El director del FBI ha promovido un experimento muy satisfactorio sobre los índices de criminalidad en ciudades controladas por grandes empresas, poblaciones anexas a factorías, donde los derechos civiles y la política se han abolido a cambio de una "gestión eficiente". Concepto muy de moda, ese de la eficiencia. Como también lo es el cambio de libertad por seguridad, tan evocado después del 11-S por George Bush Jr. para aprobar el 26 de octubre de 2001 la Patriot Act, una ley en la misma línea que esa enmienda XXXV de la que nos habla la novela. La Patriot Act fue renovada hasta darle



un carácter casi permanente el 9 de marzo de 2006. En esta ocasión, nadie pudo encontrar el 'documento R'. O como dicen mucho en las naves del misterio, "la teoría de la conspiración es la verdadera conspiración". ■

